

Que diez años no es nada...

*Volver,
con la frente marchita,
las nieves del tiempo
platearon mi sien.
Sentir,
que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra...*

Si como dice el bolero *que veinte años no es nada*, podríamos decir que **diez años** se han pasado en un suspiro... Al volver la vista atrás lo primero que uno descubre es que las nieves del tiempo ciertamente han plateado mis sienes y, por qué no, también mi alma. Diez años de cura, de sacerdote, y parece... que fue ayer.

Caminar humildemente de la mano de Dios

He rebuscado entre cajones y papeles, porque he de confesar que soy un poco desordenado, hasta encontrar la tarjeta de invitación de mi Primera Misa. He querido tenerla entre mis manos para recordar, es decir, para volver a pasar por el corazón aquellos primeros días de ilusión, de "novato", y también, por qué no del amor apasionado de la primera vez. Al igual que el matrimonio estrenado, esos primeros días fueron luna de miel sacerdotal. Releo con atención esa tarjeta, especialmente el texto escogido para la ocasión. Es del profeta Miqueas, capítulo 6 y era toda una declaración de intenciones y un deseo de futuro.

*"Esto es lo que Yahweh, el Señor, quiere de ti:
que actúes con justicia, que ames con misericordia
y que camines humildemente de la mano de Dios".*

Ese era y ha sido mi deseo a lo largo de estos años. No sé si he actuado con justicia, seguro que en algún momento no he sido justo con las personas que Dios ha ido poniendo en mi camino, especialmente con mis hermanos sacerdotes. Ciertamente he intentado amar, amar con un corazón de carne, amar con limitaciones y, a veces, con egoísmo, buscando reciprocidad en el amor entregado. Pero sí he querido, en ese amor hacia los demás, experimentar la presencia constante del Amor de Dios en mi vida; porque si algo resume estos diez años es la certeza de haberlos recorrido de la mano de Dios.

Descubriendo a los sacerdotes como hermanos

El obispo de mi diócesis, por entonces D. Antonio Montero, me destinó como vicario parroquial a una de las parroquias de Badajoz ciudad, mi localidad natal, y precisamente a la parroquia en la que me había

formado como cristiano. Aún recuerdo las palabras de mi madre, que Dios la tenga en su gloria, cuando alguna persona de la parroquia le daba la enhorabuena y le preguntaba por mi y si yo estaba contento. Ella con la sabiduría de una madre respondía: "Yo creo que a él (por mi) le habría gustado que le enviaran a un pueblo para poder mandar". Ahí es nada.

Con esa "carta de presentación" llegaba para servir como sacerdote a la parroquia en la que había recibido por primera vez la comunión, en la que había recibido el sacramento de la confirmación y en la que había participado como joven y como catequista. Ahora volvía como ministro, como presbítero y allí serví durante los seis primeros años de ministerio como vicario parroquial.

Tuve la suerte de encontrarme en esos primeros años rodeado por sacerdotes de distinta edad, estilo y condición que celebraban y servían en esa parroquia. Eran en su mayoría sacerdotes que la gente diría "mayores": el antiguo párroco, un adscrito, algún sacerdote que venía a celebrar de vez en cuando... junto a ellos, entonces contaba la parroquia con un párroco de mediana edad, un vicario parroquial a punto de jubilarse, un vicario parroquial, profesor en Roma y en el seminario, y un servidor. Como pueden entender cada uno de su padre y de su madre, pero, y eso es lo más importante que aprendí, todos hermanos en el ministerio.

Me acogieron con cariño fraternal de hermanos mayores. Supieron valorarme las cosas que hacía bien, animarme en los momentos en los que me equivocaba y también disculparme y corregirme en las equivocaciones y errores, muchos de ellos producto de la inexperiencia y la pasión de la juventud. De aquellos sacerdotes recuerdo su fraternidad verdadera y sin dobleces: entre todos nos hablábamos y nos decíamos lo que pensábamos con el cariño que se tienen los hermanos y sin necesidad de ser especialmente amigos. Éramos, somos, más que amigos: somos hermanos. De ellos también aprendí el valor de la fidelidad al ministerio: todos contaban en su historia con momentos de dificultad: habían visto y acompañado procesos dolorosos de secularizaciones de compañeros, y en medio de sus propias debilidades y dificultades perseveraron fieles al ministerio recibido, conscientes de que no fueron ellos los que eligieron sino que fue el Señor el que los eligió. Ellos eran testimonio vivo de algo que a mi me faltaba por demostrar: fidelidad.

En todos estos años he intentado vivir el ministerio como servicio a los demás: cuidando la celebración de los sacramentos, buscando nuevos modos y maneras de anunciar la Palabra e intentando servir a todos en la caridad. Me he apoyado en los medios sencillos y conocidos por todos: oración de la liturgia de las horas (a la que muchas veces no he sido fiel), la oración personal desde la meditación del evangelio, la dirección espiritual con un sacerdote concreto, los retiros para sacerdotes en los tiempos fuertes, los ejercicios espirituales anuales... He cuidado durante estos años, como algo importante, el trato y la devoción a María, especialmente con una oración sencilla: el Rosario.

Hace seis años empezamos a juntarnos un grupo de sacerdotes jóvenes, para reflexionar y poner en común aspectos y vivencias concretas

del ministerio. No nos reunía la amistad, sino la certeza de que solos no podemos continuar el camino y de que necesitamos la ayuda de otros. Acompañados por un sacerdote mayor hemos intentado reunirnos mensualmente. Reconozco que nos ha ayudado a compartir nuestra vida y nuestras dificultades, no como amigos sino como hermanos.

Viviendo la parroquia como familia.

Como ya he comentado, llegaba a la parroquia en la que había crecido como cristiano. Esos seis años de ministerio fueron intensos y apasionados. Era una comunidad, de las llamadas "de barrio", que había nacido en el comienzo de la década de los 70. Por ser un barrio tenía también ese ambiente de cercanía y familiaridad: todos se conocían y todos te conocían. La parroquia le había dado identidad al barrio.

Mi trabajo se centró directamente en el trabajo con preadolescentes y jóvenes. De todas las actividades destaco dos experiencias:

- la escuela de monaguillos. Fue un experimento en el que nos implicamos todos los curas de la parroquia. El deseo era acercar niños a la vivencia de la celebración de la Eucaristía, especialmente a aquellos que habían finalizado la catequesis de comunión. En cuatro años se implicaron más de 32 niños, que recibían formación semanal; que, repartidos en todas las misas del fin de semana, vivieron el servicio al altar y la cercanía a Cristo Eucaristía y que participaban en encuentros y cursos de liturgia. Aquellos monaguillos son hoy catequistas y son jóvenes implicados en las actividades de la parroquia. Siguen manteniendo un cariño especial por los sacerdotes, por el ministerio que realizan y por Jesús presente en la Eucaristía.

- los grupos parroquiales de jóvenes. Del trabajo con los jóvenes me quedo con la ilusión puesta en el trabajo y con dos descubrimientos: los jóvenes necesitan ser escuchados uno a uno, necesitan que alguien les escuche. El acompañamiento personal o dirección espiritual es fundamental en el trabajo con jóvenes, aunque sea muy difícil y, a veces, agotador. El segundo descubrimiento: los jóvenes del "sacerdote joven" quieren y necesitan no al "joven" sino al "sacerdote". Por lo menos eso es lo que piden y demandan de muchas maneras; en la organización de actividades, en la celebración de los sacramentos, necesitan al sacerdote como pastor y maestro de oración y espiritualidad; necesitan al hombre de Dios que les muestre el camino. Ellos aprecian la cercanía, la camaradería y el estar con ellos en los buenos y, sobre todo, en los malos momentos.

También recuerdo con cariño la atención a los enfermos. Parte de la tarde del sábado y del domingo la dedicaba a visitar, hablar, confesar y llevar la comunión a los enfermos. En el trato con los enfermos uno se siente como Pedro y Juan a la puerta del templo: "No tengo oro ni plata, pero lo único que tengo te lo doy, a Jesucristo resucitado".

Creo que me marcó esos primeros años la propia espiritualidad de la parroquia. Una parroquia abierta, donde estaban prácticamente representados en los grupos todos los movimientos de la diócesis; una parroquia con gran cantidad de actividades y, al mismo tiempo, una

parroquia unida, que tenía como centro la Eucaristía. Especialmente la celebración del domingo era el motor de la vida de la comunidad. Disfrutar de la Eucaristía y aprender-enseñar a vivir la Eucaristía. También crecer en la oración eucarística, rezar tranquilo en la capilla del Sagrario y ver a la gente rezar me ayudó a no olvidar que las fuerzas no vienen de uno sino de Dios.

Era una parroquia con fama de que siempre había algún sacerdote en el confesionario, dispuesto a celebrar el sacramento del perdón. Y era cierto. Muchas horas "gastadas" en el confesionario te dan experiencia del misterio del pecado y también la experiencia del gran misterio de la misericordia de Dios. Como Knowen, uno puede descubrirse como sanador-herido. Me confieso con relativa frecuencia, cada quince días. Tengo que reconocer que no me cuesta nada. Es uno de los sacramentos que más me ha ayudado a conocer las "entrañas misericordiosas de Dios" y a conocerme más a mi mismo.

De la parroquia al corazón de la Diócesis

Cuando llevaba dos años en la parroquia, en los que terminé estudios en ciencias biológicas, me incorporé como profesor al claustro del Colegio Diocesano San Atón. Me incorporaba a un proyecto nuevo en el que la diócesis había apostado por la transformación de parte de las instalaciones del Seminario Menor en Instituto de Enseñanza Secundaria concertado y abierto a la realidad de la ciudad. Al colegio dedicaba mis mañanas y las tardes las dedicaba a la parroquia. Como el Colegio era el centro de estudios de seminaristas menores y, como la relación con los sacerdotes-educadores del seminario era muy estrecha, no es de extrañar que cuando uno de ellos marchó a Roma para estudiar pensasen en mi como repuesto. Así llegue al Seminario tras seis años de trabajo en la parroquia.

El seminario ciertamente es el corazón de la diócesis. El trabajo como educador del seminario es duro porque supone vivir en un internado, trabajar con adolescentes y acompañar procesos de discernimiento y de llamada en medio de un mundo que hace "otras llamadas" que no son el servicio y la entrega. Mi oración más repetida estos últimos cuatro años en el seminario ha sido, con una personal adaptación de san Pablo: "en mi debilidad, Te haces fuerte, Señor". Porque así es como me he sentido estos años, débil, a veces impotente, cuando desde fuera se piden resultados en plan empresa: número de seminaristas menores que pasan al seminario mayor y uno es incapaz de responder desde ese esquema.

Desde dentro se vive otra realidad que a veces cuesta aceptar:

- que Dios llama a quién quiere, a veces el que humanamente es menos valorado (mira que queremos escoger siempre al hermano mayor del rey David)

- que ante esa llamada está el misterio de la libertad humana, de la libertad de un muchacho que puede decirle "NO" al mismo Dios.

He visto chicos estupendos que se han planteado en serio su vocación y que ciertamente el Señor no los ha llamado. Y en mi corazón se queda colgando la pregunta, "Señor y éste ¿por qué no?" . También he visto chicos a los que Dios llama a voces y no son capaces de dar el salto, no son capaces de decir SÍ a Dios. Es el misterio de un Dios que no fuerza, sino que ante la negativa del joven rico, mira con amor y responde "para Dios no hay nada imposible". He tocado con la yema de las manos el misterio de la libertad humana.

Le doy las gracias a los compañeros que conmigo han compartido esa tarea en el Seminario Metropolitano San Atón de Badajoz.

Mirando a la diócesis y al futuro

La mirada a mi diócesis está marcada por dos situaciones que me preocupan:

- por un lado, la lejanía de tantos cristianos del corazón de Dios y, por tanto, de su Iglesia.
- y por otro lado, la falta de vocaciones al ministerio sacerdotal.

Más en concreto, en el tema de los jóvenes, no sé si se puede hablar de una realidad generalizada a nivel de toda España o incluso de Europa, pero lo cierto es que en nuestra diócesis hemos perdido a los jóvenes como fieles de la parroquia. Al terminar los procesos de catequesis de confirmación los jóvenes desaparecen. Cada día es más frecuente encontrar a chicos y chicas que manifiestan no solo una actitud de indiferencia sino, incluso, de rechazo a la presencia de la Iglesia en la sociedad. Me preocupa qué lenguaje estamos hablando, ¿cuáles son nuestras preocupaciones como pastores? , ¿cómo llegar a los que hemos tenido tanto tiempo en la catequesis y que ahora no quieren saber nada de Dios?

En este caldo de cultivo, ciertamente, es difícil que la vocación específica al ministerio sacerdotal entre en el proyecto de futuro de estos jóvenes, pero también es cierto que tenemos que convencernos que el planteamiento de su vocación a los niños, a los jóvenes y a los adultos todavía no es un tema prioritario en muchos sacerdotes. En materia vocacional nuestra diócesis ha tocado fondo: el próximo curso, si Dios no lo remedia, será el segundo en el que no entre ningún seminarista al Seminario Mayor. Hemos tocado fondo. No es que no hayamos hecho nada para evitar esta situación; hemos puesto en marcha convivencias, encuentros, campañas y diversos proyectos para motivación y discernimiento vocacional. ¿Es eso suficiente? Está claro que no. Seguimos rezando, yo lo hago expresamente todos los días, para que el dueño de la mies envíe obreros a su mies.

Hace apenas un mes que el Sr Obispo me comunicó que el próximo curso dejaré el Seminario. Tengo que marchar a Roma para estudiar Teología Moral. Será una estancia larga porque tengo que hacer la licenciatura y la tesis doctoral. Estoy ilusionado y al mismo tiempo preocupado. Ilusionado porque se abre una etapa nueva donde tengo que volver a retomar los estudios, nuevos compañeros y, sobre todo, porque

todo esto va a ser en Roma, donde están las columnas de la Iglesia, donde se vive la Iglesia en toda su universalidad. También estoy preocupado. Es una responsabilidad la inversión en dinero y en recursos humanos que hace la diócesis. En este momento, en que tantos compañeros están agobiados corriendo de un lado para otro y atendiendo varias parroquias, tengo que descubrir este nuevo destino como un momento para profundizar en mi propio ministerio, de servir estudiando, de servir aprendiendo. No sé lo que me deparará el Señor después y tampoco me preocupa. Me preocupa vivir en intensidad el presente, ser fiel día a día al ministerio... disfrutar siendo sacerdote.

Dicen que cuando uno es feliz el tiempo pasa más deprisa (Dice el salmo que "mil años en tu presencia son un ayer que pasó, un vela nocturna). Yo he sido muy feliz en estos diez años de sacerdote que han pasado en un suspiro... y parece que fue ayer.

Fermín Jesús González Melado

Sacerdote diocesano de la de Mérida-Badajoz

Ordenado Sacerdote el 20 de junio de 1998

Licenciado en Biología

Máster Oficial en Bioética

Vicario parroquial de la de san Juan de Ribera en Badajoz (1998-2004)

Profesor de Biología del Colegio Diocesano San Atón (2000-2008)

Educador del Seminario Menor de San Atón en Badajoz (2004-2008)